ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

HISTORIA DE UN DESENGAÑO

MÁRQUEZ PADORNO, Margarita: *La Agrupación al Servicio de la República. La acción de los intelectuales en la génesis de un nuevo Estado.* Madrid: Fundación José Ortega y Gasset-Biblioteca Nueva, *Colección El Arquero*, 2003. 269 p.

MERCEDES CABRERA

"La Agrupación al Servicio de la República –recordaba Ortega en un discurso pronunciado en Granada a comienzos de febrero de 1932– se fundó en previsión de que la lucha con la Monarquía fuese más larga y penosa. Fuimos al campo de lucha requeridos por un alto deber histórico, sin intención de formar ningún partido político, sino porque sentíamos la necesidad de combatir en la brecha abierta inexorablemente en los destinos del país. Con esta intención creamos aquel movimiento para lograr el advenimiento de la República…".

Quizás estuvieran aquí las razones que puedan explicar el derrotero seguido por aquella Agrupación a la que Margarita Márquez Padorno, autora de este libro, considera la culminación de la obra política de los intelectuales como grupo en la historia de España. Gracias a este libro, conocemos bastante mejor los orígenes y la historia de este experimento político peculiar, cuyas raíces encuentra la autora en la generación de 1914 y en el proyecto orteguiano de la Liga de Educación Política. Fue cuajando a lo largo de 1930, aquel año en el que los pronunciamientos públicos de los más renombrados intelectuales del momento y de algunos de los antiguos políticos de la Monarquía hicieron tanto por asestar el golpe final a una Monarquía definitivamente deslegitimada por su apoyo a la Dictadura de Primo de Rivera. Margarita Márquez Padorno ha seguido las vicisitudes de quienes dieron vida a la Agrupación, y muy especialmente de quien la encarnó, José Ortega y Gasset, y lo ha hecho recurriendo a la prensa, a las fuentes parlamentarias y al archivo de Ortega. Después de la tesina que a esta Agrupación dedicó en 1976 Andrés Ortega Klein, conocemos ahora con mayor detalle las interioridades de su gestación, la respuesta desbordante que recibió el manifiesto fundacional desde su primera distribución clandestina, la composición social y profesional de quienes acudieron a la llamada, las razones de su conversión en partido político pese al coste en afiliaciones que supuso, el perfil de quienes integraron su minoría parlamentaria y sus más sonadas intervenciones en las Cortes constituyentes, el desencanto progresivo de Ortega y las discrepancias internas en el grupo, y el porqué de la decisión final de disolverla. Con todo ello, disponemos de una pieza más en nuestro conocimiento de la aventura republicana y nos sentimos empujados a plantearnos nuevas preguntas.

La Segunda República, desde que así lo afirmara Azorín, en junio de

Revista de
Estudios Orteguianos
Nº 7. 2003
noviembre-abril

Cómo citar este artículo:
Cabrera, M. (2003). Historia de un desengaño. Reseña de "La Agrupación al Servicio de la República. La acción de los intelectuales en la génesis de un nuevo Estado" de Margarita Márquez. *Revista de Estudios Orteguianos*, (7), 272-275.
https://doi.org/10.63487/reo.719

Este contenido se publica bajo licencia Creative Commons Reconocimiento - Licencia no comercial - Sin obra derivada. Licencia internacional CC BY-NC-ND 4.0

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

1931, ha sido muchas veces llamada la República de los intelectuales. A la larga tarea de preparación, de revisionismo y crítica previos que los intelectuales hicieron en libros, escritos y periódicos atribuía Azorín la llegada de la República. Pero también se la llamó República de los intelectuales por la abundante presencia de hombres de letras y de profesionales cualificados en los escaños de las Cortes constituyentes y en puestos relevantes de la nueva administración, muy especialmente en representaciones diplomáticas. "Demasiados" intelectuales, terció uno de ellos, Unamuno. Mientras Julián Besteiro, en su discurso de toma de posesión como presidente de las Constituyentes, contemplando sentados ante él a tantos abogados, médicos, ingenieros y profesores de todos los grados de la enseñanza pero también, por primera vez, a muchos obreros manuales veía cumplirse, por fin, la síntesis del trabajo manual y del trabajo espiritual que habían encarnado Pablo Iglesias y Francisco Giner de los Ríos. Aquellos dos hombres, decía Besteiro, "en el desierto moral de la España oficial, solos contra viento y marea, en silencio, abrieron los surcos de la tierra española profundamente y depositaron la semilla, cuyos frutos estamos nosotros ahora cosechando".

Eran muchos y relevantes los intelectuales que desembarcaban en la escena pública, pero eran también muy plurales. Todavía había algunos, pocos pero relevantes, de la generación del 98, que se mezclaban con los de la siguiente, la del 14, no sólo literatos y humanistas, sino también científicos y profesionales formados en el extranjero, y con los más jóvenes, los del 27, artistas de la vanguardia "deshumanizada" entre quienes algunos, de pronto, se sintieron llamados a intervenir en la cosa pública como dejaron traslucir en sus respuestas a la encuesta realizada por *La Gaceta Literaria* a finales de los años 20. No sólo eran de generaciones diferentes, sino que unos pertenecían a la elite creadora, otros eran más bien diseminadores de ideas y conocimientos, y no faltaban quienes ocupaban puestos en la administración pública. Compartían todos, quizás, la crítica a la "vieja política", a la mediocridad de la España oficial, y aspiraban a un mundo nuevo, convencidos quizás de poder escribir en él como en una página en blanco. Pero no comulgaban con las mismas propuestas concretas ni su grado de implicación o compromiso político era el mismo, ni lo ejercieron de la misma manera. Probablemente, como apunta Margarita Márquez Padorno, muchos se sintieron identificados con la apelación que en enero de 1931, en su manifiesto, hicieron Ortega, Pérez de Ayala y Marañón. Pero de algunas de las adhesiones que la autora transcribe y comenta se desprende esa pluralidad, y también el escepticismo de algunos de los más jóvenes –como Pedro Salinas–, o el abierto rechazo de otros, como Eugenio D'Ors, a quien un grupo de intelectuales monárqui-

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

cos –que también los había– intentó convencer para que firmase un "contramanifiesto" confeccionado como respuesta al de Ortega, Pérez de Ayala y Marañón. Que la intelectualidad era mayoritariamente de izquierdas era algo que preocupaba, incluso obsesionaba, a las derechas, muy especialmente a los católicos más militantes. Pero esa calificación envolvente ocultaba una realidad más compleja.

De enorme éxito califica Margarita Márquez Padorno la respuesta inicial, fruto poco menos que del boca a boca puesto que así circuló inicialmente el manifiesto fundacional. Lo atribuye la autora, por un lado al tono, a la sobriedad y mesura, a la moderación, así como al llamamiento a "nacionalizar" el Estado español, una tarea en la que la Monarquía habría fracasado y en la que ahora cabían todos. Por otro lado, la propia censura acentuó la expectación despertada. Pero ¿por qué de las iniciativas surgidas hasta entonces de los medios intelectuales fue ésta la que tuvo mayor relevancia política y social en todo este período?, insiste la autora. Sin duda, además de por lo dicho, por lo que no explicita pero está implícito a lo largo de todo el libro: por la relevancia de Ortega, que se había convertido en cabeza indiscutible de la generación del 14 y en uno de los intelectuales más constantes en su comentario de la realidad política, propugnador de misiones y proyectos colectivos, a diferencia de lo que había ocurrido con los de la generación anterior y con muchos otros que mantenían celosamente su individualidad. Que estuviera Ortega al frente de la iniciativa resultó decisivo para el éxito inicial, pero también para explicar la historia que siguió y la voluntad final de disolver la Agrupación que fue, según se nos cuenta, una decisión del filósofo aunque contara con el beneplácito de los demás fundadores.

Y vuelvo a la cita con la que comenzaba este comentario. La Agrupación nació con la convicción de que la lucha contra la Monarquía iba a ser más larga y penosa, y en esa lucha era donde cobraba todo su sentido. Pero la Monarquía, como escribió Josep Pla, se desplomó de golpe y lo hizo mucho antes de lo previsto, no ya por los defensores de la Monarquía, sino también por quienes querían traer la República. Era coherente, pues, aquella primera decisión, desechada en seguida sin embargo, de disolver la Agrupación puesto que su objetivo esencial se había cumplido. Se habría disuelto con éxito, pues había contribuido a crear el clima de opinión que propició el cambio político. ¿En qué medida? No es fácil responder a eso, aunque es evidente, pese a la opinión de Azorín, que fueron muchos los factores que explican la llegada de la República.

No se disolvió la Agrupación, sino que se convirtió en partido, un paso no previsto y para el que hacía falta algo más, bastante más que el prestigio intelectual de sus dirigentes o la

ISSN: 1577-0079 / e-ISSN: 3045-7882

capacidad y brillantez de sus discursos. Máxime cuando aquella experiencia republicana hubo de hacer frente, a la vez, a la primera movilización democrática sin contar con un sistema de partidos asentado ni un liderazgo experimentado, y a la urgencia de legitimar un orden político que pretendió iniciar, desde cero, una nueva etapa en la historia de España. El difícil y delicado encaje político que toda transición supone vino a complicarse por una depresión económica y un contexto europeo exasperado por la "guerra de ideas" desatada tras la Gran Guerra.

No es posible explicarse lo que ocurrió con la Agrupación al Servicio de la República sin tener en cuenta todo eso. El nuevo escenario desplazó a los intelectuales de los palcos desde los que habitualmente se asomaban a la política. Ortega fue consciente de ello. No fue ya que la República derivara en una dirección que no compartía, sino que Ortega tropezó con dificultades en Crisol, que no fue precisamente un órgano de prensa de la Agrupación ni tampoco un periódico que compartiera sus puntos de vista. Fueron varias las ocasiones en que discrepó de sus tomas de postura. Ni sus intervenciones parlamentarias, por aplaudidas que fueran, podían competir con lo que en las Cortes se dilucidaba: el recuento de votos entre los partidos con mayor número de diputados. Ni sus apelaciones a la formación de un gran partido nacional podían tener eco en unos momentos en que todos los líderes y partidos políticos pugnaban por hacerse hueco en la nueva política de masas, desmarcándose unos de otros y convirtiendo en incompatibles las diferencias. Poco podía hacer el puñado de diputados de la Agrupación, necesariamente arrastrados por un proceso que no controlaban en absoluto. La decisión de convertirla en partido político hizo perder centenares de afiliados –y de ello da noticias no totales, por imposibles, pero sí suficientes Margarita Márquez Padorno–, pero no se tardó mucho en adivinar que no había futuro para una iniciativa que, probablemente, formaba parte de una manera de hacer política que había pasado a la historia.

Tiene toda la razón la autora al comentar que bajo la aparente serenidad que traslucía el manifiesto del 29 de octubre de 1932 que disolvía la Agrupación se ocultaba un profundo desengaño. Era, quizás, un desengaño ante el camino que tomaba la República, pero era sobre todo un desengaño respecto a su propio protagonismo.